XXXV.

Rachel se había sentado con el cuerpo inclinado hacia adelante, las manos en las manos de Roberto, y las rodillas junto á las suyas, como él la había dicho, para verla mejor y leer en su rostro todas las impresiones que sintiese.

—En primer lugar (la dijo), voy á hacerte una pregunta, y no olvides que cuento con tu entera franqueza.

—Y haces muy bien,—le contestó Rachel con sencillez.

—Fuera del asunto de los diamantes, ¿has cometido, bajo la inspiración de Prudencia y de sus asociados, otras faltas por las que la justicia pueda castigarte?

—No (respondió la joven sin vacilar, y mirándole frente á frente); sólo mi conciencia y las personas á quienes he perjudicado, pueden reprocharme.

—Bien. De modo que, aparte la queja de la Duquesa, y obtenido su perdón, ¿no tendrás nada que temer?

—De la justicia y de la policía, nada.

—Entonces, para que tus temores se disipen

enteramente, y para que se tranquilice tu conciencia al dar el primer paso en el buen camino, vas á restituir hoy mismo esas alhajas á su dueño.

—No deseo otra cosa, y hace tiempo que quería devolvérselas; pero Prudencia me lo ha impedido.

—Pues yo, en cambio, te lo ruego ahora, y creo que mi ruego hará más fuerza en ti que sus amenazas.

—¡Ya lo creo! Tus ruegos no los discuto, y las órdenes de esa mujer las he discutido siempre.... Para obedecerte, voy ahora mismo á envolver estas alhajas, y á enviarlas con una persona de confianza.

Rachel se levantó; pero su amigo la detuvo, diciéndola:

—Aguarda. El asunto no es tan sencillo como á ti te parece. La Duquesa no sabe quién la envía eso, y podría atribuir el mérito de la restitución á otro que á ti.

—La escribiré, firmando con mi antiguo nombre.

—No; no es escribir lo que hace falta.

—¿Entonces qué?....

—Que vayas tú misma á casa de la Duquesa.

—¡Oh! ¡No me atreveré jamás! ¡No me exijas eso!

—Al contrario, te lo exijo, porque has come-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

tido una falta, y debes tratar de repararla, teniendo valor de ir á pedir perdón en alta voz y de humillarte delante de la persona ofendida.

—¡Oh! ¡no me perdonará!

—¿Por qué?

—Porque la he hecho más daño del que piensas.... El robo de los diamantes no es nada en comparación á mis.... traiciones.

—¿Qué traiciones? Vamos, confiésamelo todo, hija mía. No podré llegar á salvarte, si no lo sé todo, enteramente todo.

Rachel se echó un poco hacia atrás, y con la cabeza baja, sin atreverse á mirarle esta vez, dijo:

—Desde el día que entré en casa de la Duquesa la espié, según la orden que había recibido, dando cuenta de todas sus acciones....; por mí supieron que tenía un amante....: y aún soy más culpable....; la sustraje un paquete de cartas que tenía, y otras dos escritas por ella, que me dió para echar al correo un día que no podía salir.

—Comprendo (dijo Roberto); y se valen de eso para explotarla y para impedirla que presentara una queja contra ti.

—Sí,—murmuró la joven.

—¿Y qué han hecho de esas cartas? ¿Lo sabes?

—Sí; las tengo yo.

—¡Te las ha confiado Prudencia! Me asombras.

—¿Por qué? ¿Dónde querías que las guardara ella? ¿En su casa? Entra muchísima gente, y hay muchos criados de quien desconfiar.... ¿En casa del marqués de Arnage? Vive en un hotel abierto para todo el mundo, y donde los muebles cierran mal.... ¿En casa del señor de Montbarán? ¿En la caja de su maldita sociedad? Prudencia no ha querido, porque trata de alejar á Montbarán lo más que puede de todos los asuntos que me conciernen, sin duda con el temor de establecer relaciones íntimas entre él y yo, pues sabes es ridículamente celosa.... Entonces se ha dicho: «¿Quién mejor para guardar estas cartas que Rachel? ¿No son una garantía para ella? Si las perdiera, si las devolviera, la Duquesa no tendría ya nada que temer, ni por qué callarse».

—Pues bien, querida mía (dijo tranquilamente); devolverás las cartas al mismo tiempo que los diamantes, sin vacilar, y sobre todo sin condiciones de ningún género. Tú no debes decir nada...., y la duquesa de X.... obrará como mejor le parezca.... Si no es generosa, lo sentiré tanto ó más que tú; pero creo que debes exponerte valerosamente á las consecuencias de tu falta: esta es la única manera de expiarla.

—¡Oh! ¡Nunca he oído hablar de una manera tan digna! (dijo estrechando las manos de Roberto.) ¡Tú me hablas de cosas honradas!.... Los

hombres que nos hacen la corte nos dicen cumplimientos, ligerezas; pero no nos hablan nunca de delicadeza, de la dignidad, del deber.... ¡Sólo tú, hasta hoy!....

—Es que yo no te he mirado hasta hoy como mi amiga; eras mi amante...., y no se parecen en nada la amiga y la amante.

—¿No se puede ser á un tiempo amante y amiga?—preguntó Rachel inquieta.

—Con el tiempo, sin duda...., después de muchas pruebas.... Pero aún no hemos acabado de hablar de la Duquesa. Una vez que la hagas tu confesión y puedas obtener su perdón, si es que te le concede, como espero, la pedirás una gracia: la de que te guarde el secreto unos cuantos días.... Es indispensable para mis proyectos que Prudencia y sus cómplices te sigan creyendo sumisa y obediente á ellos, y es preciso también...., y aún más importante, que ignoren nuestra alianza. No sólo no deben conocerla, sino que, además, tendrás cuidado de hacerles ciertas confidencias que les extravíen....Por ejemplo, les dirás que has hecho recaer la conversación en Armando Le Forestier, y que has averiguado que era mi más íntimo amigo. Como ellos lo saben perfectamente, por ese lado no tengo nada que perder, sino que, al contrario, lo ganaremos todo con la confianza que les inspirarás por este medio.

—¡Entendido, entendido! ¡Oh! ¡qué hábil eres! ¡Ahora sí que creo que me salvarás!

—Así lo espero.... Dime, ¿no me has hablado antes de la caja de la sociedad? ¿Cómo sabes tú que existe una caja?

—Por algunas frases, algunas palabras que se les han escapado delante de mí; y, además, un día pedí dinero para pagar á un acreedor, y Prudencia me dijo: «No tenemos dinero, por ahora, á tu disposición. ¿Verdad, Montbarán, que no tenéis nada en caja?»

—¿Entonces, según tú, esa caja se encuentra en casa de Montbarán?

—Sí; de seguro.

—¿Y crees que Prudencia no guarda en su casa ningún papel ú objeto que la comprometa?

—No; estoy cierta de eso también.

—De modo que sacamos en conclusión que el aderezo de diamantes se encuentra en dicha caja.

—Es posible; pero no te lo aseguraría, por la razón que te he dicho antes.... Prudencia, en tratándose de cosas mías....

—Esa razón era buena para las cartas; pero no lo es cuando se trata de joyas que tienen gran valor, y que se deben poner en lugar seguro.... Pues bien: esas joyas que me pertenecían y que te he regalado, es preciso que se las reclames, y que te las dé.

—¡No comprendo! ¿Cómo me las ha de dar? Si pudiera amenazarla y hacerme temer.... todavía....; pero como me has encargado que siga pareciendo siempre humilde y sumisa á las órdenes de Prudencia y sus asociados....

—Ciertamente que es muy esencial....; pero no olvidemos que el señor de Montbarán está perdidamente enamorado de ti, ó, mejor dicho, para no profanar la palabra amor, que te desea ardientemente.

—¿Y qué quieres decir con eso?—dijo Rachel, mirándole con inquietud.

—Que debes representar con él, con ciertas reservas y en ciertos límites, el papel que Prudencia te ha encargado que representes conmigo.... Esta noche, cuando le veas en su casa, es menester que seas muy coqueta...., muy coqueta; y así acabarás por hechizarle.

—Contigo era un papel muy agradable de representar: ¡un papel que me hacía feliz!

—No hay más remedio que representar también en alguna ocasión papeles desagrables,—respondió Roberto riendo.

—Pero si estoy amable con él, desconfiará, porque no le tengo acostumbrado á tanta benevolencia.

—Tranquilízate. Los hombres, cuando llegan á su edad, se dejan coger siempre.... Creerá que has reflexionado, y que su larga persistencia ha

llegado á conmoverte por fin...., y después adivinará, ó, mejor dicho, tú le harás adivinar.... que en el fondo se oculta un pequeño interés....

—Sobre todo, si le pido los diamantes (añadió Rachel). ¿No es ahí donde ibas á parar?

—Sí; pero los diamantes no tienen para mí más que una importancia secundaria, y lo que más me preocupa son las consecuencias que traerá la generosidad de Montbarán hacia ti con detrimento de sus asociados.

La joven reflexionó, y dijo:

—Creo que es hombre capaz de hacer por mí una locura, como sea....; pero sus exigencias estarán en relación á los sacrificios que de mí exija.

—Sin duda....; y cuanto más exija, más debes prometerle tú.... Ahora, conceder, ya es otra cosa.... No te imagines, amiga mía, que voy á dejarte ni un sólo instante á merced de ese pillo...., aunque no sea peligroso.

—Bien (dijo Rachel); obedeceré sin discutir más.

Roberto estrechó sus manos, y la dijo:

—Aún no hemos concluído. Tenemos todavía muchas cosas que decirnos, si queremos cumplir hasta el fin la tarea que nos hemos impuesto.

—Habla, interroga, y verás con qué sinceridad respondo á todas tus preguntas,—dijo la

joven, yendo á sentarse en el diván al lado de su compañero.

—Dime.... ¿Te das cuenta exacta de las maniobras á que se entregan Prudencia de Fontenay y sus acusados?

—Sí; sorprenden los secretos de las gentes, y luego se hacen pagar muy caro su silencio.

—Perfectamente. ¿Y sabes si han cometido otro delito, si en su vida pasada hay algún.... crimen?

—No me extrañaría....; debe haber en su pasado algo grave, terrible. ¡Si supieras cómo tiembla Montbarán delante de Prudencia!

—¿Y el marqués de Arnage?

—Ese no está tan sumiso; porque como sus asociados le necesitan tanto....

—¿Por qué le necesitan tanto?

—Porque él es el que los aconseja y los dirige; el que les propone todos los malos negocios, y les dice la manera de sacar mejor partido de ellos....

—En una palabra: el Marqués es la cabeza, sus asociados son los brazos, y tú, pobre hija mía, has sido la mano.

Y luego añadió, haciéndole una caricia, que la indemnizaba del reproche:

—¡Qué tímida, qué perezosa y qué tonta has sido! ¡Cuánto tiempo hace que podías haber sacudido su yugo, si hubieras querido!

—Sí (respondió la joven); tienes razón. He vivido y me he adormecido en el mal; pero ya estoy despierta, completamente despierta para el bien.

—Entonces (dijo Roberto, sin duda para aprovechar aquel despertar), me vas á decir en seguida todas las malas acciones que has cometido, bajo sus órdenes, desde el día que dejaste á la Duquesa.

—¡Oh! ¡me es muy penoso!....; pero, en fin, si tú lo quieres.... He sido encargada de enamorar á un hombre casado, á un padre de familia, que es un gran personaje, de los más conocidos.... Llegué á conseguir que me escribiese cartas apasionadísimas, extravagantes, llenas de amor....

—Que la sociedad (terminó Roberto) le habrá vendido en seguida muy caras.

—No, no las han vendido todas juntas, porque el Marqués hubiera perdido en seguida el dinero al juego.... Las van vendiendo poco á poco, una por una.

—¿Y tienen todavía alguna carta de ese gran personaje?

—Unas veinte.

—¿Dónde están?

—Aquí, en ese mueble, cuya llave tiene Prudencia.

—¿Supongo que tú te habrás hecho con otra llave?

—Sí, desde hace tiempo.

—Bueno; pues mañana mismo devolverás todas esas cartas á la persona que las ha escrito.

—Está bien; serás obedecido.

—Continúa: aún no me lo has dicho todo.

En voz muy baja, y con la cabeza apoyada en el hombro de Roberto, para que éste no viese su rostro, le hizo la confesión entera de todas sus culpas, y obtuvo la absolución, bajo la promesa y juramento de devolver á las personas que en otro tiempo había comprometido, todo cuanto tuviera de ellas.

Cuando acabó de hablar, Rachel sólo se permitió una objeción.

—Si no vuelven á pagar su tributo á la sociedad, Prudencia sospechará de mí, abrirá ese mueble, y....

—Será demasiado tarde....; pero es preciso no perder ni un momento. ¿Tú conocerás las costumbres de la Duquesa, verdad?

—Sí.

—¿Á qué hora está en su casa?

—Hacia las seis, todos los días.

—¿Y tiene gente, recibe?

—No, está sola en sus habitaciones particulares. Los salones para recibir no se abren más que por las noches.

—¿Y hay peligro de encontrar al Duque?

—No; pasa las tardes en el círculo, y no vuelve más que para comer.

—Muy bien; no son más que las cinco, y tienes sobrado tiempo para vestirte y hacer tu visita.

—¡Oh, Dios mío! (exclamó la joven.) ¡Si supieras el trabajo que me cuesta!

—Queridita mía (dijo Roberto, cogiéndole la mano); no quisiera decirte nada desagradable; pero permíteme que te haga observar que tu conducta hacia la Duquesa, también la ha costado mucho.

—Es verdad.... Voy á vestirme.... Debías acompañarme hasta la puerta, para darme valor, para fortificarme por el camino.

—Esa es mi intención.... Te esperaré á alguna distancia del hotel.

.....

Rachel se vistió sencillamente, y cubriéndose la cabeza con un espeso velo, y guardando en sus bolsillos el aderezo y las cartas, fué á reunirse, muy resuelta ahora, con Roberto du Chatel.

XXXVI.

En el coche de alquiler que les conducía á casa de la duquesa de X....., Rachel decía á Roberto:

—¡Va á negarse á recibirme!

—Me extrañaría (respondió Roberto). Acaso dude; pero la curiosidad, el temor, disiparán pronto sus vacilaciones.

—¿Y cómo me recibirá?

—Al principio, con dureza: tú debes ser humilde...., y ella irá poco á poco enterneciéndose cuando la devuelvas sus diamantes, y sobre todo sus cartas, que tantísimo gusto tendrá en quemar de una vez.

Roberto mandó detener el carruaje junto á la esquina de la calle en que vivía la duquesa de X....., y Rachel, después de haberle abrazado «para darse valor», según le dijo, se desprendió de sus brazos, y anduvo á pie la parte de camino que le faltaba.

Roberto la esperó una hora; es decir, tres cigarros: contaba el tiempo por lo que tardaba en fumar un cigarro, y pretendía no equivocarse nunca. Por fin la portezuela del coche se abrió

vivamente, y Rachel se dejó caer en su asiento al lado de Roberto.

—¡Ya he concluído!—dijo muy conmovida, y oprimiéndose el pecho con las manos, como para contener los latidos de su corazón.

—Cuéntame lo que ha pasado.

—Lo que tú habías dicho.... Al principio violentos reproches; luego, cuando me ha visto humilde y arrepentida, se ha apaciguado, y por fin me ha perdonado sinceramente.

—¿Y no ha extrañado mucho tu arrepentimiento repentino?

—Sí, pero yo la he dicho: «La casualidad me ha permitido encontrar á un hombre honrado y amarle, y esa es la causa de que me haya arrepentido». Ha parecido comprenderme perfectamente. He tenido la suerte de llegar hoy á tiempo á casa de la Duquesa, y tal vez á eso he debido su indulgencia.... Figúrate que como esos infames la explotan todo lo que pueden, la han escrito ayer diciéndola que necesitaban cincuenta mil francos á fines de esta semana...., y la pobre buscaba esta suma, sin esperanza de encontrarla. ¡Les ha dado ya tantísimo dinero!

—Pues ni ella ni los demás volverán á darles un cuarto, y tendrán que ver las orejas al lobo, que es lo que yo quiero (dijo Roberto, frotándose las manos. Y luego añadió): ¿Sabes que con la alegría me ha dado apetito? Si no tienes incon-

veniente en comer conmigo, vamos á decirle al cochero que nos conduzca á cualquier restaurant.

—Precisamente iba á decírtelo, porque temo quedarme sola ahora. Tengo miedo de mí misma.... Es natural (añadió, sonriendo deliciosamente): como soy tan novicia y tan ignorante en la honradez, no haría más que equivocarme, confundirme, y dirigirme por la izquierda si debía ir por la derecha. Necesito con precisión un guía que me mantenga en el buen camino.

—Yo seré ese guía mientras tú quieras, querida mía (dijo Roberto, pasándole un brazo alrededor de la cintura, en tanto que el coche rodaba hacia un restaurant del boulevard); pero no olvides que después de comer tienes que volver á vestirte para ir á casa de Prudencia. Aún no has concluído; todavía tienes que cumplir la tarea que te has impuesto, y ver esta noche á Montbarán.

—¡Oh! (suspiró la joven.) Esa es la más penosa.

.....

Elegantemente vestida, con la fisonomía animada, los ojos brillantes y los labios rojos, Rachel de Nicia hizo su entrada en casa de Prudencia de Fontenay á las diez de la noche.

Debía estar muy hermosa, porque Prudencia la echó una mirada de envidia, mientras que Montbarán, por el contrario, de lejos, y medio

escondido, parecía querer devorarla con los ojos. Esta admiración muda y lejana no debía bastarle, sin duda, pues aprovechando un instante en que su vieja tirana había ido á dar órdenes á los criados, se aproximó á Rachel, y la dijo:

—Abusáis esta noche del derecho de ser bonita, y es una crueldad para los que os aman.... ¿Por qué os mostráis siempre tan severa para mí?

La joven le respondió con una dulzura, á la que no estaba acostumbrado.

—Porque tengo miedo. Esa es la única razón.

—¿Miedo? ¿De qué? ¿De quién?

—¿De quién ha de ser? De Prudencia.... y debéis comprender muy bien esto, puesto que vos también tembláis delante de ella.

—Sí; pero yo, por pasar una hora á vuestro lado, me expondría á todas sus cóleras y sus violencias.

—Os desafío á que lo hagáis,—dijo Rachel, sentándose á su lado y rozándole con su espalda desnuda.

—Dadme una cita, y lo veréis.

—Es inútil.... No habíais de asistir á ella.

—Probad.

—¡Sea!.... Después de todo, nada arriesgo.... Mañana á las cinco os espero.

—¿Dónde?

—En mi casa, calle Blanche. Es lo más seguro.... Si vuestro.... Otelo tiene conocimiento de

esta visita...., le decís que teníais una orden importante que darme.

—¡Oh! Yo sí que quisiera ejecutar todas las vuestras.

—Ya veremos eso, si es que vais...., que lo dudo....; pero separémonos, que aquí viene.

Varias veces después, durante la noche, pudieron hablar, y Rachel tuvo para Montbarán caricias en la voz y en la mirada...., en todo lo que no cuesta nada.... Como había pensado Roberto, el pobre hombre estaba entusiasmado, y ni siquiera se le pasaba por la imaginación el extrañar que la joven estuviese cariñosa. «Las mujeres son tan caprichosas», se decía, queriéndose hacer modesto.

XXXVII.

El día siguiente, Montbarán, con el corazón henchido de alegría, como un verdadero enamorado que acude á la cita que le da la mujer querida, llegaba á las cinco en punto á casa de Rachel de Nicia.

—La señora ha salido,—le dijo la doncella, á quien su señora había enseñado perfectamente la lección.

—¡Que ha salido! (balbuceó Montbarán desolado.) Sin embargo, si ella me había dicho....

—¡Ah! Acaso seáis el señor á quien aguardaba mi señora.

—Sí, á las cinco. Á mí era.

—Os ruego me perdonéis, caballero. No sabía.... Podéis entrar; pero tendréis que esperar en el salón. La señora tiene visita, y está en su tocador.

—Esperaré,—respondió resignadamente, dichoso de poderla ver, después de haber tenido el temor de no verla.

Esperó durante media hora en el salón, ya paseando para matar el tiempo, ó bien deteniéndose delante de una puerta que, cubierta de